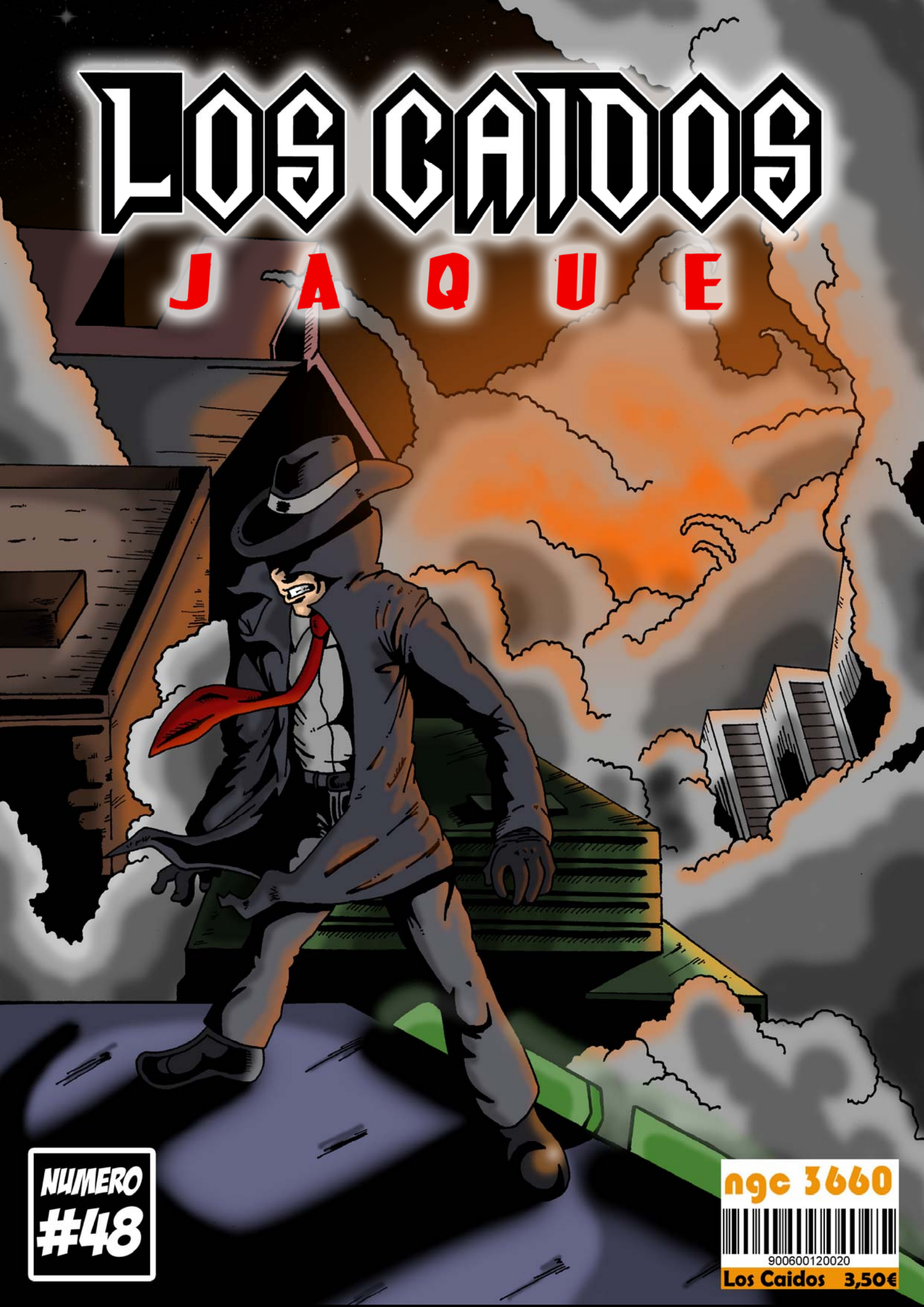


LOS CAIDOS

J A Q U E



NUMERO
#48

nge 3660



900600120020

Los Caidos 3,50€



EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Hades ha renovado efectivos, así como esfuerzos, y empieza a mostrar la red que ha construido con su organización. Como de costumbre planifica sus jugadas con calma y por ello ha mandado a sus nuevos generales, Hipnos y Tánatos, a que neutralicen a Saw y Razorclaw...

#048: Jaque

Autor: Magnus Dagon

Ilustración de portada: Miguel Ángel González Díaz

La estrategia desplegada. Las piezas amenazantes, retiradas de la contienda. El tablero, la ciudad al completo.

El turno del enemigo para realizar la siguiente maniobra.

Warren Shockman se desplazó con lentitud por los callejones solitarios y paralelos a los que el objeto de su seguimiento estaba utilizando para caminar por la ciudad. Ya no sólo como medida de seguridad, como costumbre en su manera de operar cuando salía a las calles. Lejos de los lugares concurridos, lejos de miradas curiosas. Invisible en la medida de lo posible, desarraigado, solitario. Teniendo que morir lejos de aliados si se daba la necesidad, pero tampoco lamentando que tuviera que suceder de esa manera. Nadie le hubiera echado de menos cuando era un parásito para la ciudad, tampoco sería el caso aunque ahora fuera un anticuerpo de la misma.

Si John Scream no poseía vida propia desde que había entrado en Los Caídos, Shockman no era una excepción en ese sentido. Siempre que salía al exterior lo hacía amparado por el traje de la organización, y tampoco tenía intención de cambiar esa costumbre a corto ni largo plazo. Total, no había nadie a quien ver, ni con quien hablar más que con el lenguaje de los puños.

Al menos, así había sido hasta ese mismo momento.

Se adelantó a su objetivo y se detuvo a un callejón de distancia, esperando con calma a que llegara. Nada más estar a su altura hizo que la rata tuerta saliera de su bolsillo y escarbara comida



en la basura acumulada del fondo, tirando un par de latas y alertando así de manera pasiva de su propia presencia.

—¿Eres tú? —preguntó la persona a la Shockman seguía, y que en realidad él mismo había citado allí, no sabía muy bien ni por qué. En todo caso, se dejó ver para contestar sin palabras, surgiendo de las sombras. Una buena entrada, incluso con los conocidos, los que sabían el secreto tras el traje, era esencial. Nunca había que perder el sentido del espectáculo.

Ellie se adentró en el callejón, paso a paso, con convicción pero al mismo tiempo sin el deseo del todo consciente de hacerlo. Un día estaba paseando con su novio por la calle, pensó, y al siguiente dialogaba con espectros furtivos en callejones abandonados.

La rata encontró un trozo de filete mohoso que devoró con avidez y tras terminar el festín regresó de nuevo junto a su dueño sin que éste tuviera necesidad de llamarla. Ellie se apoyó contra una pared, frente a aquella silueta siniestra de ojos fríos y, ahora lo sabía, falsos y artificiales. Se preguntó cuánta gente en toda la ciudad había alguna vez vivido esa sensación, tener frente a sí aquel espectro, no por ser víctimas o verdugos en un atraco, violación o algo aún peor, simplemente por el hecho de hablar, conversar cara a cara.

—¿Eres tú realmente? —preguntó Ellie, recelosa, consciente de que la identidad del portador de aquel traje quedaba escondida a la perfección incluso aunque se conociera a quien lo llevaba puesto.

—Soy yo —contestó Shockman, retirando el modulador y dejando relucir su voz áspera y quebrada, fruto de años y años de amarga experiencia.

—Por un momento pensé que podrías ser uno de ellos... uno de tus compañeros —dijo llevándose los dedos azules a sus labios del mismo color.

—Ellos no harían esto —replicó Shockman, contrariado—. No te contarían las cosas que te estoy contando.

—¿Y por qué tú sí lo harías?

—No te importa. Lo estoy haciendo y punto.

Era bastante lo que Shockman le había confesado a Ellie acerca de Los Caídos. De quiénes eran en realidad, de cuál era su papel en la defensa de la ciudad. De lo que Sam Grove había supuesto en aquel esquema, y los verdaderos detalles acerca de cómo murió. Cosas que pensó que



nunca contaría a nadie jamás, pues al fin y al cabo los que le conocían ya las sabían de sobra por haberlas vivido, como él mismo, de primera mano.

Shockman no sabía ni con qué propósito estaba comportándose de esa manera. Podía pensarse que trataba de hacer llegar la verdad a los que habían sufrido sin poder conocerla, pero nunca se había caracterizado por ser un hombre de fuertes convicciones morales y éticas, ni mucho menos. Podía pensarse que lo había por desahogarse, pero en ese caso le hubiera bastado con hablar con ella en el cementerio, y no volver a verla jamás. Podía ser que lo estuviera haciendo para protegerla, o para aliviar su culpa por no haber podido salvar a Sam Grove, a aquel altruista boy scout. Podía hacerlo para hacer crecer en ella un profundo sentimiento de venganza, o porque detestaba ver cómo los débiles se lamentaban y relamían sus heridas en vez de plantar cara a la fuente de sus propios males.

En realidad podía estar haciéndolo por todos esos motivos a la vez y ninguno en particular. La mente humana era más complicada que para ser considerada como un asunto de nítidos blancos y negros.

—No insistiré —dijo Ellie, cogiendo con la mano el colgante que en ese momento llevaba al cuello—. Ya es bastante lo que has hecho por mí.

—Yo no he hecho nada, métetelo en la cabezota. Sólo decírtelo, que es más de lo que hubieran hecho los otros, tan estirados, tan cuadrículados en sus convicciones apolilladas.

—¿Tú no eras un héroe, acaso?

—No —fue todo lo que Shockman acertó a explicar.

—¿Qué te pasó en el ojo?

—Preguntaba demasiado —dijo Shockman de manera instintiva, como solía hacer siempre que le salían por esa tangente.

—En serio.

Shockman la miró, sorprendido. Ya no la daba miedo. Ninguno en absoluto. ¿Hasta qué punto se iba a acentuar su decadencia personal?

A la mierda pues, pensó.

—Me lo hice en una de las primeras pruebas de los artefactos que uso para controlar los animales. No calculé bien la intensidad y volví loco a un gato. Saltó sobre mi cara y me destrozó el ojo. Esos bichos saben bien dónde atacar.



—Lo siento —se justificó Ellie.

—No lo sientas. Me lo tenía merecido.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué te tratas de esa manera?

—Porque es la única que tiene sentido. A todo el mundo le suceden cosas terribles, y lamentarse por ello es una pérdida de tiempo. El Universo apesta, y acaba impregnando de su hedor a todos los que tratan de sobrevivir en él.

—Eso que dices es terrible —comentó Ellie, afligida—. No lo puedes estar diciendo de verdad.

—¿Y qué hay de ti, princesa? Tu novio ha sido asesinado, ¿acaso eso no te hace pensar de manera similar acerca de todo lo que te rodea?

Ellie agachó la cabeza y miró al suelo. Shockman comprendió que había hecho daño a alguien a quien no se lo merecía en absoluto.

—No todo es como dices. Sam no era así, por ejemplo. Y claro que he odiado estos callejones, y la Nube, y en general este entorno que le obligó a tener que convertirse en un cruzado y ni siquiera decírmelo por mi seguridad. Odio también con todo mi corazón a ese asesino que le mató, ese Alma Sombra, como le llamaste, y aún no puedo creer que fuera el mismo que una vez defendió esta ciudad, y que hubiera sucumbido de esa manera tan terrible. Tal vez sería lógico que pensara como tú. Lo sería... pero no puedo.

»Sam es lo mejor que me ha pasado en la vida. Mi vida es corta, lo sé, pero las cosas que me hizo sentir me acompañarán hasta el fin de mis días, tal vez a mi pesar. Sam no hubiera querido que el odio envenenara mi interior, anegando las parcelas tenebrosas que él logró hacer brillar con más intensidad que todas las luces de todos los héroes del mundo entero. Ese fue su verdadero poder, dar esperanza a otros. Lo que tú y los tuyos lleváis es un disfraz. Es una medida que hay que tomar, porque aquí donde vivimos los nobles y los valerosos son aún motivo de burla, amenaza y persecución. Porque las buenas personas son repudiadas, incomprendidas y a veces consideradas poco menos que idiotas, mientras que los verdaderos malvados son honrados, dignificados y a veces encumbrados a la categoría de auténticos ídolos de masas.

»Por eso no pienso de esa manera acerca del mundo que me rodea. Porque si lo hiciera entonces toda lucha, todo intento por cambiar ese mundo, sería una pérdida de tiempo por parte de todos nosotros.



Shockman se quedó pensando muy seriamente. No sobre las palabras de Ellie; era alguien a quien resultaba ya muy difícil convencer con discursos idealistas propios de jóvenes que aún no habían conocido el lado oscuro de la vida. No, lo que le hizo reflexionar fueron las intenciones encubiertas tras esas palabras, la razón de ser de ese encendido discurso, proclamado en lugar tan sórdido y a la vez tan épico como aquel repugnante y viscoso callejón bañado en sombras afiladas y puntiagudas.

—Quieres entrar en la organización —dedujo Shockman, no demasiado inteligente pero al menos algo más listo a la hora de dejarse llevar por la intuición—. Los otros no lo permitirían jamás.

—¿Por qué crees eso?

—No lo creo, lo sé. Esos caballeros de resplandeciente armadura no dejarían jamás que una mujer se ensuciara las manos junto con ellos.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí?

—¿Eres de su misma opinión?

—Ya sé lo que estás tratando de hacer, y no vas a lograr nada por ese lado. Aunque intercediera por ti soy el último imbécil en términos de rango. Si por la mitad de ellos fuera, en vez de en las calles estaría en una celda del cuartel bajo dos vueltas de llave.

—A mí me parece que sólo dices eso porque piensas de la misma manera.

—¿Y qué es lo que podrías tú hacer, eh? ¿Tienes idea de lo que es tener nuestra vida?

—Puedo aprender. Además, soy estudiante de periodismo y estoy realizando múltiples trabajos de investigación. Seguro que eso os resultaría de mucha ayuda.

—Sí, tienes toda la razón... pero para eso no necesitamos darte el carné del club de los chalados de la gabardina y el sombrero, basta con que seas nuestro confidente.

—Estoy segura de que...

Ellie se detuvo cuando notó que Shockman se llevaba la mano a la oreja, como si estuviera recibiendo alguna clase de instrucción. Esperó hasta que éste hubo terminado de escuchar, como quien se calla cuando la otra persona recibe una llamada telefónica.

—¿Qué ocurre, problemas?



‘No lo sé —contó Shockman volviendo a ponerse el modulador de voz—. Dos de los nuestros han desaparecido y nadie sabe nada de ellos desde hace varias horas.

—A lo mejor sólo es que están temporalmente ilocalizables.

‘No es el caso de esos dos, y menos ahora que estamos rastreando toda la ciudad.

—¿Rastreando? ¿Ocurre algo?

‘Preguntas mucho, chica. Ahora es mi turno de interrogarte a ti a mi vez. ¿Querías ser de ayuda? Muy bien, ¿qué se cuece en los pasillos de tu facultad?

Ellie esbozó una ligera sonrisa. Era la primera vez que lo hacía desde que se enteró de la muerte de Sam Grove.

—Esto no funciona así. No soy una máquina de obtener información a la que formulas la pregunta, pulsas un botón y obtienes la respuesta. Necesito tiempo para investigar, indagar, recabar información de manera poco ortodoxa, ya que mis compañeros no la compartirían conmigo. Aunque...

‘¿Qué?

—Algo escuché el otro día en un despacho, sobre que se rumoreaba que el gobierno podía estar metido en algún asunto que saldría en breve a la luz.

Shockman pensó un momento sobre esa escasa pero veraz información. Podía tener sentido. Los desaparecidos, Ellis Saw y Charles Razorclaw, se movían precisamente en la esfera de los grandes poderes, tal vez habían obtenido información más detallada al respecto, o quién sabe qué les había pasado en realidad.

De repente la rata de Shockman se revolvió en su bolsillo, como si algo le inquietara. Shockman se giró hacia Ellie y se interpuso entre ella y el principio del callejón.

—¿Qué ocurre? —preguntó, nerviosa.

‘No estamos solos —explicó Shockman—. Sabía que era un error verte.

Un sujeto apareció al fondo del callejón, del lado de la avenida principal. Lo primero en lo que Shockman se fijó fue en sus ojos saltones, analizándole con espíritu de guerrero. Lo primero en lo que Ellie se fijó fue en su atuendo pseudoespacial, analizándole con espíritu de informadora.

‘No me gusta que me sigan —proclamó Shockman frente al desconocido, que parecía ignorarle, mirando al horizonte. De repente se dio cuenta de algo que, de no ser porque lo acababa de presenciar con sus propios ojos, no se lo hubiera creído. Su rata, que había salido de su bolsillo y



estaba a medio camino entre ambos, cayó al suelo como fulminada como un rayo. Shockman pensó qué podía haber hecho para que le pasara aquello.

De repente aquel tipo se giró hacia ellos. Con muchísima lentitud, como si fuera poco menos que una Gorgona, y cuando vio aquellos ojos grandes y anormales sospechó que nada bueno podía venir de ellos.

‘No le mires —ordenó Shockman a Ellie—. Ni se te ocurra hacerlo.

—Impresionante —dijo Hipnos girándose de nuevo—. Pero tranquilo, tampoco tenía intención de atacarte. Ya da igual lo que hagas, el plan ha sido completado. Espero que algún día nos volvamos a ver, seas quien seas debajo de ese atuendo. Señorita —dijo antes de salir corriendo calle abajo, como si llevara mucha prisa.

—¿Irás tras él? —preguntó Ellie, asustada.

‘Olvídate de él, lo importante es saber qué demonios ha estado haciendo —dijo Shockman recogiendo a su rata del suelo y, tras haber comprobado que sólo estaba inconsciente, meterla en el bolsillo de su gabardina.

—Creo que viene del sistema binario de Plutón.

Shockman se giró, visiblemente sorprendido.

‘¿Cómo lo sabes?

—Su uniforme. Es una variante del que se usaba antes en Plutón. Tal vez lo empleen en alguna colonia, o algo así.

Shockman tuvo que admitir que estaba impresionado por la demostración de conocimientos, y empezó a pensar que tal vez no era tan mala idea que ella estuviera en la organización. Quizás no peleando en las calles, pero sí en la división de detectives y estrategas, o aburridos cerebros pensantes, como él les solía llamar.

‘Es muy útil eso que dices, pero ahora debo irme. Voy a...

Shockman se calló al momento. Incluso aunque hubiera seguido hablando eso hubiese dado igual, pues el ruido de la explosión habría tapado su voz por completo. Como Hipnos había dicho ya era tarde para hacer nada por detenerles, pero Shockman pensó que había sido una maldita casualidad que estuvieran tan cerca del lugar donde parecía haberse producido el atentado.

Salieron corriendo a la calle cuando a lo lejos escucharon otra explosión. Poco después, otra más se produjo más al sur de su posición. Y de repente Shockman entendió que no era casual que



hubieran estado allí, por el sencillo motivo de que esos atentados estaban desarrollándose por toda la ciudad.

Corrió por las calles, casi deslizándose a lo largo de las mismas, y le dijo a Ellie que se marchara, pero ella no le hizo caso.

—No puedo irme sin ver algo así, soy periodista —dijo siguiéndole a toda prisa, tratando de seguir su ritmo.

Pero no tardaron en llegar al foco de la primera deflagración para entender que allí lo que hacían falta no eran informadores, sino manos útiles. La explosión no había tirado abajo ningún edificio, sino uno de los tramos de autopista elevada que se estaban construyendo por todo Ernópolis. Las columnas de hormigón armado estaban poco menos que reventadas, y el forjado era sólo una aglomeración casi irreconocible de hierros retorcidos. Como consecuencia la estructura entera se había venido abajo, lo que en ese tramo suponía un piso entero de carretera elevada que había cedido como un cepo gigante y letal sobre todos los transeúntes que habían tenido la desgracia de pasar por allí en ese momento. El espectáculo de sangre, polvo levantado, escombros y gritos de caos provenientes de las gargantas de los escasos supervivientes era dantesco.

Cuando Shockman se acercó, muchos de los presentes se apartaron, asustados. Algunos incluso le increparon y le gritaron. Uno de ellos trató de arrojarle una piedra, pero Shockman la esquivó y cogió del cuello al que la había lanzado.

Ellie llegó corriendo y les separó colocándose entre ambos.

—¡Viene a ayudar! —dijo, y ella misma trató de levantar un bloque de hormigón que aprisionaba la pierna de una mujer de unos cuarenta años.

Shockman se quedó paralizado por un momento. ¿Qué se supone que tenía que hacer, prestar asistencia? Él no se había metido allí para eso, no era su trabajo. Lo suyo era deambular por callejuelas saltando los dientes a barriobajeros de poca monta, no hacer de activista samaritano ni nada por el estilo. Eso era lo que hacían los héroes. Y él no era ningún héroe. Él no era...

—¡Ayúdame! —gritó Ellie de nuevo, incapaz de elevar el bloque más de medio centímetro.

Shockman se acercó y con un esfuerzo tremendo lo logró mantener en vilo el tiempo suficiente como para que Ellie y otro voluntario lograran arrastrar fuera a la mujer, que tenía la pierna destrozada. Usando sus conocimientos como biólogo Shockman la efectuó los primeros



auxilios, pero pensó que esa extremidad casi seguro tendría que ser seccionada por encima de la rodilla.

Al mismo tiempo una nueva explosión, mucho más lejana que las anteriores, se dejó escuchar en la zona. Una persona que estaba atenta a las noticias empezó a gritar.

—¡Es en el Distrito Financiero! —informó.

Shockman trató de contactar con el cuartel general, pero nadie se lo cogía. No tardó en comprender que en ese momento docenas de historias como la suya se estaban repitiendo a lo largo de toda la ciudad, seguramente con muchos miembros de Los Caídos como protagonistas.

John Scream estaba en lo alto de la azotea de Gorgon Enterprises, mirando al horizonte que se erigía, terrible, ante sus ojos. Las columnas de humo eran tan intensas que se elevaban hasta mezclarse con la Nube, y aún podía escucharse a lo lejos el ruido lejano de las sirenas.

Era tal el caos informativo que era consciente de que, aunque el Caído había aparecido en varios puntos de la ciudad, eso no supondría un peligro para mantener su secreto. Allá donde fueron varios escuadrones los que ayudaron, no tardaron en quitarse todos los trajes y prenderles fuego, conscientes de que en ese momento no hacía falta sigilo sino músculos para ayudar en las improvisadas tareas de rescate. Ante semejante desastre, ya imposible de evitar, eran más útiles como ciudadanos de Ernépolis que como miembros de una organización clandestina que había fracasado en su misión de proteger el entorno que les rodeaba.

No tardó mucho en deducir qué interés podía tener Hades en hundir la autopista. Corrupción empresarial, sin duda. Su gran caballo de batalla. Averiguarían qué había habido de irregular en las financiaciones o adjudicaciones de las obras, pero en todo caso eso ya era tarea secundaria en el momento en que se encontraban.

Como esperaba, Caronte no tardó en aparecer ante su mirada, a poco que se giró un momento y de repente, al volverse de nuevo, estaba allí frente a sus ojos. Siempre con subterfugios, siempre saliendo de la nada.

—Saludos, John Scream.

Scream no contestó al saludo. En vez de eso avanzó hacia el recién llegado y le derribó con un gancho de izquierda capaz de arrancar la cabeza a alguien menos preparado que aquel soldado de uno de sus peores enemigos, por muy anciano que pudiera parecer.



Caronte se limitó a levantarse ayudado por su bastón y a limpiarse la boca y corbata, con manchas de sangre. Su límpido bigote blanco se tiñó de sucio escarlata mientras siguió hablando.

—Tenga cuidado, Capitán. Ahora soy embajador designado de la colonia Hidra.

—Lo dudo mucho, después de lo que los suyos han hecho.

—Ah, pero es que usted no ha sido nunca alguien capaz de comprender los complicados entresijos de la política. El acuerdo ha sido firmado poco antes de que se produjeran estos lamentables incidentes, por lo que no se ha violado ninguna norma internacional al respecto. Por supuesto, haremos todo lo que esté en nuestra mano para que los culpables sean castigados de acuerdo a las leyes de nuestra colonia.

—Gusano hipócrita —dijo *Scream* casi escupiendo las palabras—. Ésta es la verdadera cara de la justicia de Hades. ¿Por qué no va a mostrársela a los familiares de todas esas personas a las que han asesinado?

—Se lo vuelvo a repetir, *John Scream*, no haga responsable a unos de los delitos de otros. Nada así volverá a suceder, lo impediremos a toda costa.

—Conmigo no tiene que ponerse diplomático, a menos que... ya veo. *Micros*, ¿verdad? Temen que puedan grabarle.

—Sólo me comporto así porque ésta es la postura oficial de Hidra, aquí y en cualquier otro momento. En todo caso, si hubiera escuchas, sería usted quien tendría más de lo que preocuparse en este momento.

—Acabaremos con tu amo y su reinado de terror, te lo juro.

—No haga promesas que no puede cumplir. La legitimidad de Hades es incuestionable. Derrocó al anterior líder por medio de una suerte de golpe de estado, pero su posición actual ha sido ratificada por los colonos en un referéndum.

—Les ha manipulado, aprovechando su difícil situación, para hacerse pasar por un salvador a sus ojos.

—Y eso es lo que es, un salvador. Tal vez algún día entienda que los salvadores a veces tienen que tomar decisiones impopulares para llevar adelante su manera de ser y actuar.

Después de eso Caronte desapareció antes los ojos de *Scream*, y éste regresó al interior de *Gorgon Enterprises*. Allí estaban esperándole todos los directores de escuadrón, incluyendo *Saw* y



Razorclaw, que despertaron juntos en el interior de un edificio abandonado, cuando ya todo había terminado. Incluso Sky estaba allí en ese momento, como si fuera de nuevo uno más de ellos.

—¿Y bien? —dijo el Jefe de Policía de Ernópolis, con sus hombres desbordados y desperdigados por toda la ciudad.

—Poseen inmunidad diplomática. ¿Es eso posible a pesar de lo que han hecho, Charles?

—Cuando se trata de cuestiones de derecho internacional las leyes pueden quedar en segundo plano a cambio de no entorpecer cuestiones de tratados estatales. Sabes bien que un acuerdo bien puede valer para realizar actos tales como otorgar amnistías masivas o delegar responsabilidades penales en otra ciudad, país, planeta o colonia.

—¿Podría el Presidente Scatter haber hecho algo así de manera consciente? —preguntó Scream, mirando esa vez a Saw.

—No lo creo, pero una vez metido en la trampa lo dejará estar. Sabe que tiene todas las de perder, pues tendría que hacer público que negoció a espaldas de la opinión pública. Además de eso, en estos momentos la única acción posible sería declararle la guerra a Hades, pero eso dejaría a la ciudad otra vez en manos del ejército. Creo que a lo sumo mandará un equipo de espionaje o algo similar, pues ni siquiera conoce bien a sus enemigos.

Scream se dio la vuelta, reflexivo, y les indicó a todos que regresaran al Aquerón, donde él se personó un poco más tarde. Estuvo durante horas solo en su despacho, pensando, calibrando la situación. En realidad, aunque los otros no lo imaginaban, sabía bien lo que tenía pensado hacer, pero trataba de convencerse a sí mismo de que había otra solución que no pasara por algo tan radical. Sin embargo, resignado y al límite de su paciencia, no tardó en entender que situaciones excepcionales requerían de medidas excepcionales.

—Vamos a contraatacar —dijo Scream en el hemiciclo, ante todos los miembros de Los Caídos—. Está claro que nuestras armas convencionales no funcionan contra Hades, que sabe quiénes somos y se cree de nuestra misma condición. De modo que nos infiltraremos en su propio terreno. Como contrapartida a su victoria, ahora Hades está vulnerable y expuesto. Las leyes no pueden hacerle nada, pero nosotros —enfatizó esa última parte— no somos la ley.

—¿Qué es lo que haremos, entonces? —preguntó Razorclaw.

—Acuñaremos un equipo de infiltración de élite, formado por todos los directores de escuadrón y yo mismo. Ha llegado el momento de atajar este asunto de raíz, y para ello necesitare



vuestra ayuda para preparar la estrategia. En especial, reclamaré un gran esfuerzo por parte del departamento electrónico.

—¿Qué es lo que tienes en mente, John? —preguntó Sky, que se había quedado allí con ellos.

—Ha llegado el momento de sacar un as de debajo de la manga y traer de vuelta, aunque sólo sea de manera fugaz, el pasado que ya nunca podrá regresar del todo —explicó de manera solemne, pareciendo a los ojos de los presentes más noble y poderoso de lo que había sido nunca antes.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

¡Número especial tras el 48! ¡Larga, larguísima extensión! ¿Y qué puede merecer una extensión tan dilatada? Aquello que llevabais tanto tiempo esperando: ¡El pasado de los miembros de Los Caídos como superhéroes! No os perdáis ‘El ocaso de una era’.



colaboran:

tiendas:



www.atlanticacomix.com

editoriales:



www.alfaeridiani.com



www.edicionesevohe.com



<http://aroz.izar.net>



www.grupoajec.es/



www.ngcficcion.es/

ngc 3660

www.ngc3660.es

2011, Copyright Magnus Dagon por el texto.
2011, Copyright Miguel Ángel González Díaz por la ilustración.

Web de Magnus Dagon: www.magnusdagon.com

Web de Miguel Ángel González Díaz:

<http://miguelhan.deviantart.com/>